

ORO NEGRO

Relato de Pablo Hernández Pérez



Era una pegajosa mañana de agosto, agradable si uno se encuentra en la piscina con Jessica Alba, pero difícil de aguantar cuando se carece de aparato de aire acondicionado y pavos de sobra para hacerse instalar uno. Estaba a punto de arrancarme la camiseta a mordiscos cuando la puerta se abrió y entró una mujer de edad madura. La observé con atención. Ciertamente Dios no le había otorgado una gran belleza, tenía los ojos demasiado juntos al puente de la nariz y dientes de camello, aunque en compensación la ciencia le había dado unas voluminosas y perfectas tetas.

—¿Es usted el señor Vicente Folgado?

Bajé los pies de la mesa, apagué el cigarrillo y me retoqué el flequillo.

La primera impresión es la que cuenta.

—Es lo que pone en la puerta que acaba de atravesar. Por favor, siéntese.

¿Quién es usted?

—Me llamo Carolina Delgado —dijo tomando asiento—. Mi marido, el señor Mario Belda, me habló de usted muchas veces. Solía decir que eran grandes amigos.

¿Estoy en lo cierto?

Lo estaba. Mario era funcionario de prisiones en Picasent. Precisamente fue allí donde lo conocí, lugar al que fueron a caer mis huesos durante ocho semanas después de partírlle el brazo a un barman con una silla durante una borrachera de leyenda.

—¿Qué tal está ese viejo? La última vez que le vi soñaba con jubilarse.

—Se habría jubilado la semana que viene, de seguir vivo. Lo enterramos ayer.

Me incliné hacia delante.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye, señor Folgado. Ocurrió hace cuatro días, en nuestro chaletito de San Fernando, en Canet Playa.

—El hecho de que me haya visitado sugiere que su muerte no fue natural — observé.

—En efecto. Según la versión oficial Mario murió accidentalmente al incendiarse nuestro coche. La Policía cree que se quedó dormido mientras fumaba, y el cigarrillo prendió fuego al tapizado.

—¿Y cuál es su versión?

—Asesinato, desde luego.

—¿En qué se basa?

—Mario no fumaba.

—Podría hacerlo a sus espaldas —dije por decir algo.

—Sí, podría, pero eso no explica qué hizo con el dinero que teníamos en nuestra cuenta de ahorros.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Unos cuatro mil en solo dos meses.

Me arrellané sobre la silla y entrecrucé los dedos de las manos.

—Señora Delgado, ¿quiere que averigüe qué hizo Mario con ese dinero?

Me dirigió una mirada glacial.

—Lo que yo quiero es que averigüe quién asesinó a mi marido y lo entregue a la Ley.

Suspiré. Si hay una cosa que realmente me toca las pelotas son los casos de asesinato. El último que había aceptado me había costado una hernia de disco y un balazo en las costillas que no terminaba de cicatrizar bien.

—Mi especialidad son los asuntos de cuernos, no los casos de asesinato.

—¿No le interesa el dinero?

—Por supuesto, pero como el hombre honesto que soy debo informarle que hay grandes agencias de detectives que harían este trabajo de manera más eficiente que yo. Tienen tecnología avanzada, microcámaras que lo captan todo, y esos chips que se pegan a la ropa y registran hasta los pedos que se tiran las moscas.

Abrió el bolso y me entregó un sobre.

—Dentro de ese sobre hay mil doscientos en efectivo. Le pagare quinientos más si resuelve el asunto. ¿Qué decía de esa otra agencia?

Nos dirigimos en mi Porsche hasta San Fernando, que es una zona residencial junto al mar, con casitas muy monas de estilo mediterráneo y un paseo largo y salpicado de chiringuitos y vendedores ambulantes. Mi idea era hablar con los vecinos y averiguar con quién se relacionaba Mario. Por supuesto no sería fácil, pero si se hociquea lo suficiente, hasta un perro ciego y pulgoso encuentra un hueso enterrado de vez en cuando.

Acababa de estacionar frente al chaletito de mi clienta cuando percibí que algo iba mal. No fue a causa de ningún poder mental, sino porque observé a media docena de vecinos correr hacia la playa, atraídos por las luces estroboscópicas de una ambulancia y de varios coches ZETA de la Policía.

—¿Qué ha ocurrido ahí?

—No lo sé —dijo mi clienta—. Quizá un ahogamiento.

—Entre en casa.

Me acerqué caminado hasta la orilla de una multitud que un policía uniformado trataba de contener, y luego me abrí paso entre la gente, avanzando lo suficiente como para distinguir un cuerpo sobre la arena. Se trataba de un hombre pequeño, de edad madura y vestido a lo Bjorn Borg cuando ganaba Gran Slams. Tenía el pelo rubio como la cerveza, y su piel, rojo cangrejo, estaba parcialmente cubierta de algas finas y verdes.

Me dirigí a un tipo que tomaba notas en un impreso. Sus rasgos característicos eran una cabeza calva que brillaba intensamente a causa del sol y una perilla negra que parecía pintada con rotulador.

—Buenos días —saludé—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Parece que un bañista se ha ahogado durante la noche —contestó, sin apartar la mirada de sus anotaciones—. La corriente ha debido arrastrar el cuerpo hasta la orilla.

—¿Suelen bañarse los vecinos de esta urbanización por la noche y con la ropa puesta?

—Quizás estaba paseando y una ola le sorprendió y lo arrastró mar adentro —sugirió—. Es raro, pero puede pasar.

—Seguro —dije—. O tal vez una orca lo confundió con una foca.

Al hacer el comentario cerró el impreso y me clavó la mirada.

—Espere un momento, ¿a dónde quiere ir a parar?

—A la verdad, por supuesto. ¿Es usted la persona al mando de esta investigación?

—Soy el subinspector Anglada. ¿Quién es usted?

Saqué la licencia y se la mostré.

—Vicente Folgado, detective privado. Estoy investigando la muerte de un vecino llamado Mario Belda.

—¿Belda? Su coche se incendió mientras dormía dentro. Fue un accidente.

—Al parecer ocurren muchos accidentes en este sitio.

Me observó de arriba abajo, tenso como un perro de caza, y luego me dio la espalda y echó a andar en dirección al cuerpo, sin duda un modo elegante de decirme que me largara de allí.

Prendí un Lucky y me mezclé con los curiosos, la mayoría vendedores africanos y guiris.

—Pobre Johansson —dijo alguien a mi espalda.

Me volví hacia la voz. Era la de un hombre acuartado, con el pelo muy corto, aseado y blanco como el algodón. Su nariz, larga y afilada, estaba torcida hacia su derecha, como si alguien le hubiera atizado un buen derechazo en alguna ocasión en la que la había metido donde no debía.

—¿Lo conocía usted? —pregunté con indiferencia.

—Claro, veraneaba en San Fernando desde hacía más de veinte años.

—¿Sabe si discutió con alguien recientemente?

—No, era un hombre tranquilo. ¿Es usted periodista?

—Investigo la muerte de un vecino llamado Mario Belda —dije ambiguamente.
Me tendió la mano.

—Me llamo Gino —dijo—. La muerte de Mario fue una sorpresa para todos. Era un buen hombre.

—¿Eran amigos?

—No exactamente un amigo, pero sí un cliente habitual de mi negocio.

—¿Qué tipo de negocio?

—Un chiringuito —dijo—. Trescientos metros playa arriba.

—¿Lo vio discutir con alguien recientemente?

—¿A Mario? Era un trozo de pan mojado. ¿Acaso usted no cree que fuera un accidente?

—Todavía no me he formado ninguna opinión.

Le formulé unas cuantas preguntas más y luego me sequé el sudor de la frente y arrojé el Lucky a la arena, pensando que aquél tipo poco más podía añadir. El resto tendría que averiguarlo por mi cuenta.

Me despedí y consulté el reloj. Aun no eran las ocho, pero me sentía más hambriento que un león de circo, así que busqué un chiringuito en el paseo y cené en la barra. ¿Sería una coincidencia que en solo unos pocos días dos hombres hubieran muerto en circunstancias sospechosas?

Antes de pedir la cuenta deslicé unas cuantas preguntas a las camareras con relación a Mario, pero o no lo conocían, o no dijeron nada que pudiera serme de utilidad.

Abandoné el chiringuito, me quité las zapatillas y me adentré en la playa. El sol, pesado y naranja, se sumergía lentamente en el horizonte mediterráneo, pero yo seguía sintiendo las piernas pegajosas debajo de los pantalones. Doscientos metros playa arriba atravesé un pequeño palmeral salpicado de arbustos y dunas y seguí caminando por un camino vecinal cubierto de conchas hasta llegar al negocio del tipo de la nariz torcida. No era un chiringuito convencional, sino una vieja casa de ladrillo rojo, de dos alturas, rodeada de malezas y escombros. Las palabras «CLUB OASIS» campeaban sobre el tejado en un estridente neón rojo dentro de una almeja que se abría y se cerraba en regulares intermitencias rosas y amarillas.

Empujé la puerta y entré. El local olía a fornicación. Al margen de las luces rojas, había muy poca luz, sin duda una alternativa barata al servicio de limpieza. Conté unas quince mesas dispuestas alrededor de un pequeño escenario sobre el que se movía una chica negra escapada de una clínica de anoréxicas, al son de música reguetón.

Suspiré. Soy de los que piensa que hay que probarlo todo antes de morir. El incesto y el reguetón son la única excepción.

Tomé asiento en la barra y pedí un Doble V a la camarera, que parecía una réplica exacta del esqueleto que se movía sobre el escenario. En una de las mesas se encontraban reunidos media docena de guiris con sus camisas hawaianas, bien acompañados por un par de africanas semidesnudas, cuyo único propósito en la vida parecía consistir en reírles los chistes y dejarse manosear.

Agarré mi copa y la sorbí con ese estilo propio que da la práctica. Mientras, sobre el escenario, la chica anoréxica arrojó las bragas al aire y paseó su vello púbico y perfectamente recortado por la concurrencia extranjera.

—Es la primera vez que le veo por aquí —dijo una voz, tomando asiento a mi lado. La miré un segundo y casi me caigo de culo de la impresión. Tenía el pelo lleno de esponjosos rizos dorados y un cuerpo tan negro y perfecto que habría obligado a replantearse algunas cosas al más radical de los supremacistas blancos.

—Yo tampoco me lo explico —contesté pegándole un segundo repaso al resto de su anatomía—. ¿Cómo te llamas, caramelo?

—Kuki.

—Es un nombre elegante y sofisticado. Casi de la realeza.

—Gracias, es de origen swahili. Significa «aquella que tiene grandes propósitos».

—¿Y cuáles son esos propósitos?

—Largarme de aquí, dejar el negocio, tener una vida mejor. Pero prefiero que hablemos de otra cosa. ¿Cómo se llama usted?

—Vicente —sonreí—. ¿Desde cuándo trabajas aquí, Kuki?

—Desde hace dos meses. —Deslizó una mano sobre mi pierna, sonriendo con su boca de labios carnosos y exóticos—. ¿Por qué no me invitas a una copa, Vicente?

Levanté mi vaso e hice tintinear los hielos.

—Una copa para Kuki —ordené a la camarera. Luego dije—: He llegado esta tarde a San Fernando.

—¿Viene de la ciudad?

—Sí, para reconocer el terreno. Pensaba comprar un apartamento por la zona, aunque vistos los últimos incidentes creo que voy a invertir mi dinero en otra parte.

—¿A qué incidentes se refiere?

—A ese tipo que apareció esta tarde flotando en la playa. Y a ese otro que murió abrasado en su coche hace unos días.

—Oh, sí, un cliente trajo la noticia. Es una tragedia.

—¿Los conocías?

—Eran clientes, nada más. El hombre de la playa se llamaba Johansson y era sueco. Mario trabajaba en la cárcel, pero estaba a punto de jubilarse.

La camarera trajo la copa y brindamos por los muertos. Un hombre robusto y mugriento entró en el local y tomó asiento a nuestro lado. Era tan feo que parecía como si le hubiesen roto la cara a martillazos dejando luego que se recompusiera sola si ningún tipo de atención médica.

—Hola, Kuki —saludó, y sus ojos color ciénaga me miraron ardientes como la brasa de un cigarrillo.

—Hola, Medrano —contestó ella, más por educación que por placer.

Durante los siguientes veinte minutos charlamos de todo un poco. Dijo que estaba en el negocio porque tenía que comer, aunque no la creí. Sé por experiencia que la mayoría de las prostitutas necesitan racionalizar su profesión. Lo más probable es que estuviera en el negocio con el único propósito de poder acostarse conmigo algún día. Por supuesto también traté de sonsacarle información relativa al caso, pero no sabía nada, o quizá no quería hablar del tema. En un momento dado retiró su mano de mi pierna y luego observé que su ánimo iba decayendo con el correr de los minutos, mostrándose cada vez más distante. Me pregunté si en ello habría influido la presencia del tipo mugriento.

Deslicé un billete sobre la barra y me puse en pie.

—Kuki, pastelito, ¿por qué no subimos a una de las habitaciones de arriba y nos ponemos cómodos? Me gustaría hablar contigo sobre una cosa, y aquí no encuentro suficiente intimidad.

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Qué te lo impide? Creí que estabas en el negocio por el dinero.

—No me encuentro bien.

Es evidente que mentía, pero lo dejé correr.

—Kuki, déjame hacerte una pregunta. ¿Por qué sigues en este cubo de mierda? Con tu cuerpo podrías trabajar donde quisieras.

—Quizá lo haga algún día —dijo dudando.

—¿Cuándo? Precisamente ahora regreso a la ciudad. ¿Por qué no te despides y te vienes conmigo? Podría ayudarte a ser otra cosa.

—¿Y qué iba a ser? No sé hacer nada.

—Podrías fundar una religión y vivir de los fieles. Serías una diosa adorable.

Logré arrancarle una sonrisa que por poco me derrite.

—No habla en serio —dijo.

—Pero podrías trabajar para mí.

Le mostré una de mis tarjetas.

—¿Detective? —dijo alzando una ceja.

—Solo tendrías que atender el teléfono y masajear mis músculos cansados por las noches.

Se rascó la mejilla con aire pensativo.

—Gracias por la oferta, Vicente, lo pensaré. Aunque ahora mismo veo muy lejos esa posibilidad.

Antes de marcharme me plantó un fogoso beso en la mejilla que volvió loco de envidia al tipo mugriento. Por un momento pensé que se iba a levantar del taburete para golpearme, pero se limitó a endurecer los músculos de la cara mientras me miraba.

Al llegar a la puerta prendí un cigarrillo y le devolví la mirada. Si me lo propongo yo también puedo parecer un tipo muy duro.

Fuera me tropecé con la stripper anoréxica, tratando sin suerte de prender un cigarrillo. Saqué el Flammarion de oro sólido y aceptó el fuego que le ofrecí.

—Gracias —dijo bufando el humo—. ¿No ha encontrado compañía de su agrado ahí dentro?

Tenía unos sugerentes y soñolientos ojos marrones, cabellos rizados y espesos, y un bigote casi imperceptible.

—Al contrario —contesté—. No sentía un impulso tan salvaje de reproducirme desde que tenía catorce años.

—Es natural, Kuki tiene la capacidad de volver locos a los hombres.

—¿Quién es el tipo mugriento?

—Creo que se llama Pepe, pero todos le llaman Medrano. Cree que está enamorado de Kuki y no soporta verla con otros hombres. Hace un mes mandó a un cliente al hospital solo por celos. Kuki está harta de la situación.

Chupé el cigarrillo y expulsé el humo haciendo un anillo casi perfecto.

—¿Por qué no se larga? Este sitio es un antro.

Hizo un ademán de fatiga con los hombros, como si considerase innecesarias las explicaciones.

—¿Y dónde podría ir?

—No lo sé. Debe tener familia en alguna parte.

—Su familia la repudió cuando rechazó casarse con un hombre al que no amaba.

—Creí que las tradiciones ancestrales eran importantes en vuestra cultura.

—La tradición incluía convertirse en mujer plato.

—¿Mujer plato?

—Sí, te rompen los dientes inferiores con una piedra para insertarte entre los labios un plato de arcilla del tamaño de una paella.

—Las tradiciones ancestrales son una mierda. ¿Por qué no busca trabajo en otra parte? Conozco garitos en la ciudad donde ganaría una fortuna enseñando solo una teta.

Apareció en sus ojos una expresión triste y pensativa, como si contemplara algo que hubiese ocurrido hace mucho tiempo.

—Gino nunca la dejaría marchar. A ninguna de nosotras, pero sobre todo a Kuki.

—¿Por qué no?

—Kuki atrae a muchos hombres. A muchísimos. Hoy es lunes y está muy tranquilo, pero le aseguro que el resto de la semana esto parece un hormiguero, y todos vienen para estar con ella.

Miré a un lado y a otro, y luego la agarré del brazo y nos alejamos de la puerta.

—Eso no le impide largarse cuando le dé la gana —le dije—. ¿Gino os ha amenazado alguna vez?

—No exactamente.

—¿Entonces qué os retiene aquí?

—Te lo explicaría, pero no me creerías. Los blancos no creéis en nada.

—Nena, hay blancos que creen que dos pingüinos fueron caminando desde la Antártida hasta Oriente Medio para subirse en un arca.

Suspiró.

—Escuche, señor, me cae bien, pero es mejor que vuelva dentro. Si Gino viene y me ve hablando con usted puede enfadarse. ¿Por qué no viene otro día y me invita a una copa? —Me guiñó un ojo—. Quizá podamos conocernos más íntimamente.

Le dije que con mucho gusto la invitaría a una copa otro día, pero que después de conocer a Kuki difícilmente volvería a tener erecciones con otra mujer.

Chupé el Lucky, arrojé la colilla a la arena y comencé a caminar de regreso al Porsche.

Todavía dormía cuando el teléfono comenzó a vibrar enloquecidamente sobre la mesita.

Presioné a ciegas el botón y acepté la llamada.

—¿Todavía duerme? —preguntó mi clienta, como si dormir fuera un delito penado con la muerte.

—¿Por qué? ¿Qué hora es?

—Es casi mediodía.

—¿Tan pronto?

—Déjese de chistes, señor Folgado. No le pago para que duerma. ¿Ha realizado algún progreso?

—He abierto otra línea de investigación —dije, solo porque sonaba profesional.

—¿Qué quiere decir?

—Le hablo del tipo que apareció fiambre en la playa. Se llamaba Johansson y era sueco. ¿Lo conocía?

—Coincidí con su mujer en la playa varias veces, pero no dominaba bien el idioma. Solo sé que era profesora en Estocolmo y su marido arquitecto, si no recuerdo mal. ¿Cree que existe alguna relación entre Mario y ese hombre?

Pensé en contarle que ambos eran aficionados a las putas negras, pero decidí mantener la boca cerrada por el momento.

—Todavía no he logrado probar ese punto, aunque trabajo sobre la hipótesis de que su muerte tampoco fue accidental.

—¿También piensa que fue asesinado?

—Es lo que trato de averiguar. Por desgracia, al haberse hallado el cuerpo en el agua, es imposible encontrar huellas dactilares o restos de ADN del asesino.

—De acuerdo, señor Folgado, siga investigando y póngase en contacto conmigo en cuanto averigüe algo.

Le dije que así lo haría y colgué.

Subí la persiana y abrí la ventana. El sol de la mañana me golpeó en la cara como un chorro de aceite hirviendo. En el baño solté lastre y me limpié con uno de esos panfletos que los Testigos de Jehová solían deslizar en el buzón. Luego me di una ducha helada y compré un kebab que devoré mientras conducía de regreso a San Fernando.

Durante las siguientes dos horas me paseé por los chiringuitos que no había visitado el día anterior, haciendo preguntas a las camareras y a los clientes, pero no averigüé nada. Algunos ni siquiera estaban al corriente de que se hubieran producido dos muertes en San Fernando durante la última semana.

Cansado y sofocado, me quité las zapatillas, me adentré en la playa y comencé a caminar por la orilla mientras pensaba. Había algo en los alrededores de mi mente dispuesto a ayudarme, y aunque no terminaba de verlo con claridad, no me desanimé. En este negocio, o tienes moral de acero sólido o más vale que te dediques a la venta de helados.

Me desprendí de la camiseta empapada de sudor y me la eché al hombro. San Fernando era una sartén traída de los infiernos. Observé a las guiris en toples, rechacé

a los vendedores africanos y seguí caminando hasta el palmeral, que estaba poco concurrido. El calor emergía implacable de la arena y los cangrejos corrían enloquecidos en dirección al agua.

Bichos listos.

Abandoné la camiseta y el resto de la ropa sobre un arbusto y me zambullí en pelotas, enviando a la mierda el sentido del pudor. El agua estaba deliciosa. Me dejé arrastrar unos cincuenta metros, braceando débilmente y burlándome de un sol que, desde un cielo sin nubes, arrancaba destellos metálicos a la ondulada superficie del mar.

Alguien pronunció mi nombre. Me incorporé y vi que una sirena de ébano saludaba desde la arena. Vestía un pantaloncito blanco, muy corto y ceñidito, y un bikini rosa casi transparente. Le devolví el saludo. La sirena se desprendió de la ropa hasta quedar desnuda, se adentró en el agua y comenzó a nadar en mi dirección.

Rápidamente sentí como se aceleraban los latidos de mi corazón, fascinado por su presencia.

—Kuki, palomita, ¿qué estás haciendo aquí?

—Salí a dar un paseo por la playa y le vi por casualidad. ¿Decía en serio lo de ayudarme a escapar?

—Desde luego, ¿pero qué ha pasado? Anoche no parecías dispuesta a largarte.

—He estado pensando y creo que ha llegado el momento.

Me acarició la mano por debajo de la superficie y sentí como el agua se calentaba a mí alrededor debido a la excitación, aunque en parte también porque acababa de miccionar.

—Nena, a mí no puedes engañarme. Sé que Gino os tiene atadas al negocio, sobre todo a ti. Pero no sé de qué modo.

—Vale, seré sincera. ¿Cree en la magia?

—Desde que vi Harry Potter.

—Eso es magia blanca, Vicente. Me refiero a magia negra.

—No conocía esa división por colores.

—Escuche, cuando llegué aquí fui sometida a un ritual. Como otras antes que yo, realicé juramentos y cánticos. Después Gino sacrificó una gallina y me afeitó el pubis.

—¿Por qué? ¿Es un perturbado?

—Es necesario disponer de material genético de la persona a la que deseas perjudicar con vudú. ¿Sabe lo que es el vudú?

—Claro, es como la acupuntura, pero al revés. ¿Qué pretendes contarme, Kuki?

—Verá, Gino guardaba el vello púbico en servilletas con el nombre de cada chica. Esta mañana, casi por casualidad, encontré las servilletas. Las he arrojado todas al mar y ahora soy libre.

Su actitud daba por sentado que creía a pies juntillas esa estúpida superstición, pero me cuidé de decir nada que pudiera herir sus sentimientos. Había algo en ella que me ponía a mil, la forma de sonreír y de pestañear, su ingenuidad salvaje, sus ricitos dorados, sus tetas naturales, detalles que me entraban por los ojos y atizaban directamente mis hormonas sin pasar por el cerebro.

La besé en la boca y nos hundimos abrazados, nuestras lenguas entrelazadas, como dos astronautas, enfundados en un mismo traje, deslizándose por el vacío espacial.

Salimos a la superficie.

—Vicente, casi no le conozco, pero me gusta y quiero que me lleve con usted. Haremos el amor todos los días y seremos felices.

Al oír aquello mi excitación pasó de calentar el agua a hacerla burbujear.

—Nena, te voy a proteger —le aseguré—. Serás feliz a mi lado, no permitiré que nadie te convierta en mujer plato.

En ese momento me pregunté si me habría vuelto loco. Acababa de oír un petardazo y a menos de un metro a mi derecha algo impactó en una ola. Instintivamente nos sumergimos, y una segunda bala escindió el agua, como una piraña furiosa, muy cerca de mi cabeza.

Quedamos abrazados sumergidos hasta que sentí dolor en los pulmones. Rompimos violentamente la superficie y eché un vistazo a mi alrededor mientras jadeaba tratando de recuperar el aliento. Una motora se alejaba a toda velocidad playa arriba.

Nadamos hacia la orilla. No cabía duda de que alguien deseaba apartarme de la investigación.

Miré a Kuki mientras nos vestíamos.

—¿Habías visto alguna vez esa motora?

—No.

—¿Le dijiste a alguien más que pretendías largarte conmigo a la ciudad?

—A nadie.

—¿Tampoco a Gino?

—No ha sido Gino. Hace solo quince minutos roncaba en su habitación. No sabe que estoy aquí.

—¿Entonces quién crees que nos disparó?

—No estoy segura, pero tengo una ligera sospecha. ¿Sabe dónde está el embarcadero?

—Claro, hacia el norte, más allá del Oasis. ¿En qué piensas?

—Vamos a su coche.

Mientras conducía traté de sonsacarle información, pero se limitó a indicarme qué dirección seguir y qué desvío tomar. Solo después de que hubiese estacionado el Porsche cerca de las escolleras, decidió revelarme sus sospechas.

—Medrano, el cliente del Oasis, vive solo en esa casa que ves. El pobre cree que está enamorado de mí y es muy celoso.

—Oí que mandó a un tipo al hospital hace un mes. ¿También tiene una motora?

—Sí, para pescar. Me ha invitado muchas veces a acompañarle, pero siempre he rechazado ir con él. Es violento y huele mal.

Miré la casa, a solo unas decenas de metros de las escolleras, rodeada de arbustos y malezas. Las paredes estaban desconchadas y tenía las persianas cerradas.

—Quédate aquí —ordené.

Me agarró del brazo.

—Espere —dijo—. Puede que esté armado. Tome esto.

Sacó un artilugio afilado del bolsillo trasero de su pantaloncito. Parecía un abrecartas tallado en marfil o hueso y decorado con peces.

—¿Qué es?

—Una daga. Se la robé al chamán de mi tribu antes de escapar. En mi negocio es mejor estar siempre protegida.

La miré, y a continuación la sujeté del cuello y le arreé un beso en su boca húmeda y caliente.

—Gracias, bollito, pero creo que puedo hacerme cargo de la situación sin ese pincho.

Me apeé del Porsche y llamé a la puerta con golpes fuertes y sonoros, pero no obtuve respuesta. Dejé pasar diez segundos y volví a llamar enérgicamente hasta que la puerta se abrió.

—¿Dónde coño crees que estás llamando, hijo de puta?

Tenía los dientes amarillos y su aliento despedía un olor a peces descompuestos.

—¿Eres ese al que llaman Medrano? —le contesté en el mismo tono insolente.

De repente, como si me acabase de reconocer, intentó cerrar la puerta en mis narices, pero la bloqueé con la punta de la zapatilla. A renglón seguido volqué todo mi peso contra la chapa, pero Medrano hizo lo propio desde dentro. Era casi tan fuerte como yo. Entonces percibí otro petardazo idéntico al de la playa y una bala agujereó la puerta a solo unos centímetros de mi nariz. Saltaron astillas, y una se me clavó en la barbilla, produciéndome un dolor atroz.

Apreté los dientes consumido por la ira. Una furia asesina hacía hervir mi sangre. Me abalancé violentamente contra la puerta, arrancándola de sus goznes. La puerta voló hacia adentro y golpeó a Medrano, que estaba detrás de ella en el momento del impacto de mi hombro, y ahora se encontraba debajo.

Me levanté sobre la chapa y salté con ambos pies. Medrano gritó y luego se hizo el silencio. Cuando aparté la puerta a un lado, lo encontré semiinconsciente y sangrando por nariz y ceja.

Me agaché y recogí la pistola. Era una Walter TPH calibre 22. No es un arma letal. A menos que aciertes en el cerebro o en el corazón, solo conseguirás cabrear al que disparas.

Me la guardé en la cinturilla del pantalón mientras Kuki se asomaba a la puerta. Vio a Medrano en el suelo y luego descubrió mi barbilla herida.

—¡Oh, santo Dios, está herido!

—Solo es un accidente laboral.

En el suelo, Medrano se retorció como un gusano.

—Espere un momento... —balbuceó—, no disparé a matar... Solo quería asustarle un poco...

—¡No deberías comportarte así, Medrano! —le reprochó Kuki.

Él la miró.

—Mi negrita, te quiero, escúchame... —le rogó, tratando de alcanzarla con sus sucias manos.

Le arreé una patada en los dientes y lo mandé a soñar con las focas.

Inmediatamente después deseé no haberlo hecho. Pero no porque estuviera arrepentido, sino para poder hacerlo una vez más.

Salimos de la casa, desmonté la Walter y esparcí las piezas en todas direcciones. Luego nos metimos en el Porsche y me apliqué un pañuelo en la barbilla hasta que dejó de sangrar.

—¿Qué vamos a hacer con él, Vicente?

—Todavía no lo sé.

Conduje de regreso a San Fernando, agarrando el volante sólidamente mientras reflexionaba. Por las ventanillas abiertas entraba una agradable brisa mediterránea arrastrando el olor a salitre del mar y humedeciéndonos la piel.

—Kuki, palomita —dije—, necesito saber una cosa, anoche me dijiste que Johansson era cliente del Oasis.

—Es cierto.

—¿Te acostaste con él?

Su voz se apagó y se quedó mirando los blancos balandros que surcaban el horizonte azul.

—Es mi trabajo —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Muchas veces?

—Sí. Algunas.

—¿Cuántas? ¿Tres? ¿Cuatro?

—Más de veinte seguro.

—¿Veinte?

—En el último mes.

—¿Por qué tú? ¿Es que no hay más chicas?

—Parece que todos los hombres me prefieren a mí.

—De acuerdo. ¿Y qué me dices de Mario? ¿También te acostaste con él?

—Por supuesto que sí. Mario era un caballero. A veces me regalaba ropa cara y era muy generoso con las propinas.

—¿Estaba enamorado de ti?

—No lo sé, es difícil decirlo, pero creo que sí. Venía a verme a menudo, unas tres o cuatro veces por semana.

Pensé que eso explicaba a dónde había ido a parar el dinero de la cuenta de ahorros.

—Dos días antes de su muerte —continuó Kuki— me dijo que quería apartarme de la prostitución y llevarme a otra parte, a donde yo quisiera. Me aseguró que iba a abandonar a su mujer. Hasta habló con Gino sobre el asunto, buscando algún tipo de trato.

—¿Sabes si Medrano disparó contra ellos dos alguna vez?

Negó con la cabeza.

—Nunca oí nada parecido.

En ese momento llegamos al palmeral y Kuki pidió que parase el coche.

—A Gino no le gusta que nos veamos con los clientes fuera de las horas de trabajo —dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—Iré al club andando desde aquí. Quiero recoger mis cosas sin que me vean llegar contigo. Ahora que me he deshecho de las servilletas, no aguantaría ni un minuto más en ese sitio.

—¿Dónde nos encontraremos?

—Nos veremos aquí mismo dentro de una hora.

Antes de marcharse sus labios volvieron a prender fuego a los míos.

—Ten cuidado, nena.

—Claro que sí, detective...

Observé alejarse sobre la arena aquel cuerpo deliciosamente torneado y devastadoramente ardiente y suspiré, sintiéndome el hombre más afortunado sobre la Tierra. Cuando desapareció tras las palmeras consulté el reloj. Faltaban cuatro minutos para las siete. Me incorporé al tráfico de nuevo y conduje en dirección al centro de la población para echar un trago. La cabeza me daba vueltas como una lavadora intentando sopesar todas las posibilidades.

Estacioné en San Fernando y busqué un chiringuito. Ordené un plato de calamares y mientras sorbía la cerveza me centré en los bañistas que abandonaban la playa. ¿Estaría el asesino de Mario entre ellos? Intenté imaginarme a Medrano noqueando a Mario y prendiendo su coche con él dentro. También traté de imaginarlo en la playa, ahogando a Johansson con sus propias manos. A alguien de su peso y tamaño no debería resultarle difícil.

Saqué un Lucky y me lo llevé a los morros. Estaba a punto de prenderlo cuando dos chapas locales atravesaron corriendo el paseo. Rápidamente me puse en pie, con la mente agitada por turbios pensamientos.

Solté un billete sobre la barra y corrí tras ellos. Doscientos metros después entraron en la playa y siguieron corriendo por la arena en dirección al palmeral, donde el subinspector Anglada, Gino y algunos miembros de la Científica rodeaban el cuerpo de Kuki. Intenté gritar, pero el grito se me quedó atravesado en la garganta como un sable, ahogando todo sonido. Traté de tranquilizarme, respirando profundamente, aunque sabía que el recuerdo de su cuerpo sin vida sobre la arena atormentaría mis sueños durante años, si vivía lo suficiente.

Atravesé el cordón policial sin que nadie me lo impidiese y me aproximé al cadáver. Salvo por el enrojecimiento de su cuello, no observé restos de sangre en su cuerpo o ropa, aunque no había ni rastro de su bikini rosa.

Me dirigí a Anglada, que en ese momento tomaba notas en su libreta mientras conversaba con Gino. De su funda ajustada al hombro sobresalía la culata de una 38 automática.

—Habrás que esperar al informe del forense —le estaba diciendo el policía—, pero todo apunta a un asesinato por estrangulamiento.

Gino se pasó la mano izquierda por su cabellera blanca. La otra la mantenía, muy relajada, dentro del bolsillo.

—¿Cree que se trata de un crimen sexual?

—Como le digo, habrá que esperar al informe, pero no se descarta nada.

—Pues yo creo que ha sido uno de esos vendedores africanos —comentó Gino con seguridad.

—Es una posibilidad, señor Gino. Pero, como le digo, todavía tenemos que investigarlo.

El policía siguió tomando notas en su libreta.

—En cambio yo no creo que el asesino sea africano —dije.

Ambos hombres me miraron.

—¡Eh, oiga! —protestó Anglada, avanzando en mi dirección—. ¿Quién le ha dejado acercarse? Esto es un asunto oficial, no puede atravesar el cordón policial.

Una serie de ideas empezaban a acomodarse en mi cabeza, todas al mismo tiempo.

—Escuche, subinspector, ya van tres fiambres en solo una semana. Dos de ellos clientes del Oasis y el otro la estrella del negocio. Puede que no sea el policía más inteligente de su distrito, pero incluso con sus limitaciones debe admitir que resulta muy sospechoso.

Frunció la nariz y los labios con asco no disimulado.

—Pare el carro, detective. ¿Me está ocultando algo?

Sonreí cínicamente.

—Al contrario, se lo estoy contando todo. —Señalé el cadáver—. ¿Dónde está su ropa? Veo sus pantaloncitos blancos, pero ni rastro del bikini rosa.

Me lanzó una mirada de desaprobación.

—¿Y qué? Hubo un forcejeo y probablemente el bikini se desprendió. No es difícil de entender.

—Si así fuera debería encontrarse cerca del cuerpo, pero no está. ¿Han registrado sus bolsillos?

—Sí, pero estaban vacíos.

—Hace solo cuarenta minutos portaba una pequeña daga africana.

El policía suspiró, como un profesor corrigiendo el examen del más tonto de la clase.

—Escuche, ¿adónde quiere ir a parar con todo eso?

—Creo que sé quién es el asesino.

Al oír eso se dibujó en su rostro un ansia de adivinar la respuesta.

—Adelante, suéltelo. Solo deseo por su bien que no se trate de un farol, de lo contrario podría meterse en un problema muy serio.

Me volví hacia Gino y le señalé con el dedo.

—Él es el asesino, por supuesto. Kuki formaba parte de su rebaño de chicas africanas, a las que había amenazado con vudú si despertaba en ellas la idea de escapar. Esta mañana Kuki encontró la forma de eludir el vudú y me comunicó su plan de largarse. Hace solo un rato la dejé en mi coche a cincuenta metros de donde nos hallamos ahora. Se dirigía al Oasis para recoger sus cosas. Pero en este punto debió tropezar con él. Había descubierto que esa estúpida superstición no podía funcionar con Kuki y temía perderla. Hubo una discusión, Gino perdió el control y la estranguló con sus propias manos.

Gino me escuchó con la respiración agitada por la indignación. Su mano derecha seguía en el bolsillo.

—Escuche, listillo —me dijo—, tengo seis camareras más y otro puñado que podría traer en cualquier momento. ¿Por qué iba a molestarme que se largara Kuki o cualquier otra?

—Porque Kuki era tu gallina de los huevos de oro. Su belleza exótica atraía a los clientes en masa y hasta los volvía locos. Medrano mandó a un tipo al hospital e intentó matarme a mí solo por celos. Mario, la primera víctima, perdió los ahorros de una vida y estaba dispuesto a abandonar a su mujer para fugarse con ella, igual que Johansson. A estos dos últimos les dio pasaporte precisamente para impedir que se la llevaran —miré a Anglada—. Según me contó Kuki, se acostó con el sueco más de veinte veces en el último mes. Hice mis cálculos, unos quince tipos al día, a cincuenta napos el tipo, hacen setecientos cincuenta napos. Si los multiplicamos por una semana, son cinco mil doscientos cincuenta napos, o lo que es lo mismo, más de veinte mil al mes.

—Eh, un momento —protestó el policía. Su tono era áspero—. Quizá Gino tuviera un motivo para asesinar a Kuki, a Mario y al sueco, pero eso no prueba que él lo hiciera.

—En cambio yo creo que sí. —Señalé el cuerpo de Kuki. Pregunté—: ¿Dónde está la daga? Se lo he preguntado hace un minuto.

—No tenía ninguna daga.

—A eso me refiero. La llevaba en el bolsillo cuando la dejé aquí. Es obvio que durante la pelea Kuki hizo uso de ella para librarse del asesino, el cual debió resultar

herido. Probablemente la sangre impregnó el bikini de Kuki, así que el asesino se deshizo de la prenda por miedo a que una prueba de ADN le delatara.

Gino se inclinó hacia mí, situando su nariz torcida en línea con la mía.

—Escuche, subnormal... —empezó a decir.

—Cierra la boca y saca la mano del bolsillo —le corté, sin retirar la mirada.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hágalo —le ordenó Anglada. Su rostro se había endurecido de repente como una piedra y sus ojos estaban casi cerrados.

No tuvo más remedio que mostrarnos su mano, la cual, como había previsto, presentaba una herida profunda en el dorso.

—Sufrió un accidente con un destornillador esta mañana —dijo, nerviosamente.

—Analizaremos ese destornillador y veremos si coincide con la hendidura del corte —contestó el subinspector—. Si miente, lo sabremos.

No aguardó ni un segundo más. Le arrebató la pistola que Anglada llevaba en la sobaquera y disparó a lo loco. Algo caliente me rasgó la pierna. Instintivamente le trinqué la muñeca y se la torcí hacia abajo y hacia fuera sin titubeos. Soltó un grito y la pistola cayó pesadamente sobre la arena. A renglón seguido se liberó y dio dos pasos hacia atrás antes de tirarme una patada, pero lo agarré del tobillo a tiempo y lo derribé. Luego caí sobre él, le clavé la rodilla en el pecho, le agarré del pelo y le aticé un devastador puñetazo en la jeta, sintiendo como el cartílago de su nariz se ajustaba a la forma irregular de mis nudillos. Le arree una vez, y luego otra, y otra... hasta que alguien tiró de mí hacia atrás y caí de espaldas, jadeando y sudando por los cuatro costados.

—¡Apártese, Folgado! —ordenó Anglada.

Gino no opuso ninguna resistencia mientras dos chapas lo esposaban. De hecho ni siquiera se movía. Por un momento pensé que me lo había cargado, pero entonces comenzó a mover la cabeza, y vi la sangre que chorreaba de su enorme nariz.

Sonreí sádicamente. Yo no la tenía torcida hacia su derecha. Ahora la tenía torcida hacia su izquierda.

—Esto no acaba aquí —me advirtió mientras lo arrastraban al coche patrulla—. El tiempo pone a cada uno en su sitio.

—A ti te pondrá en una celda.

Me incorporé muy despacio. La herida de la pierna me escocía horrores, dos de mis dedos empezaban a hincharse y la barbilla volvía a sangrar abundantemente, pero estaba casi seguro de que no tenía nada serio.

—Le recomiendo que vea a un médico —dijo Anglada.

—Lo que necesito no es un médico.

—Haga lo que quiera, pero quiero verle en mi despacho mañana a primera hora.

Me extendió la mano, pero le di la espalda y me largué, no demasiado lejos. Me impresionaba la terrible sensación de pérdida. Había subestimado lo que Kuki significaba para mí. Ninguna otra mujer me había calado tanto en tan corto espacio de tiempo.

Cuando metieron el cuerpo en la furgoneta de los fiambres, la luna oscilaba plácidamente en un cielo lleno de estrellas. Pensé que debía llamar a mi clienta y pasarle el informe completo para poder cobrar cuanto antes los quinientos adicionales, pero en lugar de eso regresé a San Fernando, compré una botella de Doble V en un chiringuito y me la bebí en la playa, tratando de ahogar el recuerdo de Kuki en mi cabeza, pero flotaba como espuma en una cerveza.

Una gaviota se dejó caer a solo unos metros y me miró fijamente. Apenas pesaría un par de kilos y para ella yo era un gigante. Disfruté de mi superioridad mientras me miraba con el pico abierto.

En el mundo al que me enfrentaba a diario yo no era tan poderoso.

ORO NEGRO

©Pablo Hernández Pérez

Portada:

©Josevi Blender

Edición:

©MoonMagazine

